



En un lugar de La Mancha, cantó la primavera

Somewhere in La Mancha, the spring sang

LAURA DÍAZ MACÍA

Autoría:

Laura Díaz Macía
Universidad de Alicante, España.
lau.ua.gp@gmail.com

Financiación: Este estudio no ha recibido financiación.

Conflicto de intereses: La autora declara no tener conflicto de intereses.



Licencia: Este trabajo está sujeto a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY 4.0).

<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>

© 2022 Laura Díaz Macía

Citación: Díaz Macía, L. En un lugar de La Mancha, cantó la primavera. *Pangeas. Revista Interdisciplinar de Ecocrítica*. 2022; (4), 81-88.
<https://doi.org/10.14198/pangeas.21445>



Resumen

A causa de la pandemia mundial Covid-19, el confinamiento domiciliario fue obligatorio en numerosos países. La gente se encerró en sus casas sin poder salir a la calle. Como una ventana indiscreta al mundo, el único entretenimiento residió en mirar hacia fuera desde los balcones. La sociedad contempló ese lado olvidado de la vida cuyo flujo de tiempo aún transcurría ajeno a la inactividad humana: la naturaleza. Durante los meses de aislamiento, el paisaje se cambió de vestido. Muchos animales se atrevieron a entrar sin miedo en las ciudades apenas concurridas de tráfico o peatones, algunas especies a priori amenazadas por el cambio climático se multiplicaron en número, la flora inundó parajes hasta entonces yermos, el porcentaje de dióxido de carbono se redujo a cifras inimaginables... Por este motivo, muchas personas sensibles a esta transformación comenzaron a escribir textos donde se reflexionaba sobre el escenario campestre. El ámbito de la ecocrítica se vio súbitamente desbordada por una marea de nuevos escritos que narraban cómo el entorno autóctono había evolucionado a raíz de la inactividad de la huella humana. En este artículo se exhibe una serie de reflexiones literarias originarias de tres pueblos de la zona de Albacete (Castilla-La Mancha). En esas narraciones se habla sobre el paisaje rural, a veces olvidado por nuestros políticos. Sin embargo, la belleza de sus aldeanos, sus parajes y sus tradiciones, nos hacen recordar las costumbres de nuestros antepasados. En este artículo, las localidades de Liétor, Tobarra, Casas de Lázaro nos demuestran cómo la España vaciada no está tan deshabitada como se cree. Porque en algunos lugares de La Mancha, la primavera todavía canta.

Palabras clave: Ecocrítica; Paisaje rural; Pandemia; Primavera; Castilla-La Mancha.

Abstract

With the COVID-19 global pandemic, lockdown was mandatory in many countries. People locked themselves up in their homes without being able to set foot on the street. Like a rear window to the world, the only entertainment available to people was to look outside from their balconies. Society gazed at that forgotten side of life that still continued with its usual path in a time unconnected to human activity: nature. During those months in lockdown, the scenery changed. Many animals dared without fear to enter the cities that displayed no traffic or pedestrians, some endangered species, because of climate change, reproduced faster, plant life grew abundantly in settings that until then did not have any vegetation, the percentage of carbon dioxide decreased to unimaginable figures... Because of this, with this change in the environment, many people sensitive to this change began to write to reflect on the scenery. Ecocriticism saw an overwhelming abundance of new pieces of writing that made an account of how the indigenous environment had changed in the absence of the human blueprint. This article shows a compilation of literary reflections from three villages in the Spanish province of Albacete (Castilla-La Mancha). These accounts read about the rural setting, sometimes forgotten to our politicians. Nevertheless, the beauty of their villagers, their scenery, their traditions, make us recall our grandparents' habits. In this article, the towns of Liétor, Tobarra, and Casas de Lázaro show us that the so-called "empty Spain" it is not as empty as it is believed. Because some places of La Mancha, spring still sings.

Key words: Ecocriticism; Rural landscape; Pandemic; Spring; Castilla-La Mancha.

1. INTRODUCCIÓN

En mitad del camino, una peregrina, en su andar errante, se detuvo con cuidado de no cometer ni el más minúsculo ruido. El sol de la caliente llanura vinariega quemaba su piel, mientras que el calor tostaba el romero de una tierra seca. La Mancha, la patria de la lanza justiciera.

Bajo la sombra de un olivo en flor, se sentó a escuchar el canto amarillo de la sonora primavera. El campo labrado descansaba ahora de la actividad afanosa de los aldeanos que, desde las ventanas de sus casas, contemplaban taciturnos cómo los días de colores transcurrían impertérritos a la vida humana. Recluidos en sus hogares fruto de un virus desconocido, la naturaleza, al fin, respiraba.

Abrió el diario. Su viaje a ninguna parte arrancaba en Molinicos (Albacete), pueblo célebre por sus espléndidos amaneceres, que no son pocos, precisamente. Allí estaba señalado el comienzo de su curiosa ruta, un itinerario marcado por la llamada de un bosquejo de textos que escondían entre sus líneas sugestivas reflexiones sobre el paisaje y que habían brotado durante la pandemia. Su mar-

cha se interrumpiría en tres parajes albaceteños donde había encontrado interesantes mensajes bordados: Liétor, Tobarra y Casas De Lázaro. A raíz del confinamiento, las personas habían comenzado a observar con más detalle el espectáculo, a veces inadvertido y sigiloso, de la naturaleza. Algunas habían sentido incluso la llamada de la naturaleza. El deseo de inmortalizar esas imágenes efímeras o escenas fugaces había empujado a esas almas a coser retales literarios sobre, por ejemplo, el cántico de los pájaros cuando el arbol incendiaba el horizonte, el aullido del trigo en el momento en que el cierzo despeinaba sus campos bermejos con cada atardecer, el titileo de las estrellas en las miradas profundas de los animales sumergidos en la bruna oscuridad, el bostezo lánguido de las máculas de acuarela en las ramas de los árboles... Y ahora, los recolectores ecocríticos se hallaban en la necesidad de interpretar sus escritos en sus más variopintas modalidades: en prosa, en verso o en forma de diario.

Marchaba sin prisas. Disfrutaba de la vegetación autóctona mientras aprendía lentamente del

idioma materno de los robles, los avellanos, los sabinos o los pinos, porque La Mancha estaba viva, hablaba; y al igual que la tierra de los molinos, el resto del planeta también se comunicaba. El medioambiente atesoraba su propio lenguaje. Así era como había transcurrido esa época insólita, que no era otra cosa sino un pentagrama de silencios obligatorios. Las montañas habían conversado con los valles; los valles, con los ríos; los ríos, con los mares; los mares, con los océanos; los océanos, con las nubes. En definitiva, el ecosistema se había colapsado y la biosfera eligió parar en seco.

Este paréntesis se erigió en la excusa perfecta para detener el susceptible segundero de La Tierra de su desenfadada actividad humana. Mientras que el individuo se encerraba asustado en su habitación, la naturaleza entonaba una seguidilla sin miedo ni pudor alguno en completa libertad.

En un lugar de La Mancha, la primavera cantaba. No obstante, ¿cómo había mudado el marco rural, libre de la huella humana, durante la pandemia? O mejor dicho, ¿cómo la mirada humana había observado el reflejo del tiempo en el espejo del paisaje?

2. NUESTRO REFUGIO, LIÉTOR (ALBACETE).

El tiempo nos había demostrado que el mismo tiempo, así como es inventado por la sociedad, constituía la gran mentira ecuménica. Los calendarios, con sus meses, no existían; las agendas, con sus horas, no existían; los relojes, con sus minutos, no existían; solamente existían los ciclos naturales. El tiempo se reducía a un ciclo o, dicho de otro modo, suponía un contenedor que encerraba a todas las estaciones. La naturaleza se medía a través de esa rueda circular que giraba constantemente. Primavera, verano, otoño, invierno, primavera, verano, otoño, invierno... se sucedían y se relevaban sin detenerse. Sin embargo, el sujeto estaba sometido por la medida de tiempo errónea, mediante esa concatenación lineal desafortunada como era la historia en sí misma. En otras palabras, la mujer y el hombre eran tiempo lineal: "el ser humano no pertenecía al paisaje, sino a la historia" (Varo Zafra, 2010: 250).

No obstante, aún existían escasos sitios donde el tiempo fulguraba cíclicamente. La localidad de Liétor se atisbaba como uno de esos mágicos

parajes manchegos en el que sus vecinos habían aprendido a morar inmersos en la naturaleza. Bastaba conocer la ubicación para comprender al instante la razón. Situado en lo alto de un cerro rocoso sobre el río Mundo, Liétor se establecía, sin ninguna duda, como uno de los rincones más bellos de Castilla-La Mancha.

Bajo esa maravilla geográfica detuvo su andar pausado. Admiró anonadada y en silencio la majestuosidad del lugar. Inmediatamente, una vez recibida aquella carta, imaginó el motivo que lo condujo a semejante orografía bañada por sus delirios de agua. Desde allí se había puesto en contacto una pareja de jóvenes que, sin buscar un destino, había encontrado en Liétor su amparo y su abrigo perfectos. En el interior del sobre, tan solo se distinguía un poema de delicada intimidad que narraba una historia de amor en mitad de la Sierra del Segura. La pandemia había jugado con la memoria de muchas personas, pero en aquellos versos se cantaba cómo esta población se había convertido en la cuna rural de una pasión ardiente.

Extrajo de su bolsillo profundo aquella misiva que envolvía delicadamente en forma de corteza el tierno poema para dejar escurrir la mirada una vez más a través de sus líneas incandescentes. Un tú y yo anónimo iniciaba la escalera de versos y emprendía el diálogo entre los amantes, quienes susurraban su erotismo sobre ese rincón en el que la existencia se sosegaba.

Detrás de la afectuosa formulación de refugio secreto, se ocultaba Liétor, que se había cristalizado en puerto de conversaciones y algarabías de fiestas populares. Allí las estaciones se abrazaban sobre la cima de la sierra como si fuesen jóvenes enamorados y se mostraban igual de embriagadas que los residentes del lugar, quienes rodeados de banderolas escuchaban extasiados los compases finales de la orquesta.

*Hablemos tú y yo
de nuestro refugio,
del rincón donde
la vida se calma.
Del litro de agosto
en las verbenas,
y de sus cumbres
que saben contarnos,
las conversaciones
que tiene el otoño
con el verano siguiente.*

No obstante, el calor de la lumbre que suscitaba el preludio del otoño no permitía evocar el último verano secuestrado. El leño se crujía y emitía un alarido vehemente en plena combustión y entre ascuas chisporroteantes. Rugía el fuego y la luz de las llamas lo inundaba todo y lamía las paredes de la habitación de los enamorados. Su pasión irradiaba una tonalidad carmesí que atravesaba el horizonte de ascuas de la hoguera. Después de leer esas líneas, examinó los tejados de las casas en busca de una chimenea humeante que revelara un beso escarlata.

*La madera se quiebra
cuando el fuego chillá,
y sentimos calor
alrededor de ese grito,
y un bienestar de horizonte
que va escondiendo
de a poco su luz,
justo cuando la semana
empieza a atardecer.*

Así lo recitaba el autor de los versos anotados en la carta, porque si existiera un edén real, claramente, se ubicaría cerca de Liétor. *El mundo*, efectivamente, nació allí. Las primigenias aguas del río rascaban las rocas desde las alturas y dibujaban un escenario extraordinario. Raro, pues, resultaba no sucumbir a sus encantos naturales. Por ese motivo, era tan fácil quedarse embelesado de las mujeres de la zona, puesto que en el brillo de sus ojos se vislumbraba cómo la cascada que arrojaba agua pura y transparente salpicaba sus pupilas.

*El mundo nace ahí cerca
imberbe y cristalino,
y nos envuelve los tobillos
con sus pulseras de agua,
y muchas veces
mira hacia arriba
y se enamora.*

*Como también
nos enamoramos
nosotros.*

La pausa durante la pandemia había provocado que la sociedad cavilara sobre determinados aspectos de su vida hasta ahora dormidos. El origen de las cosas llegaba a ser trivial o fortuito en

bastantes ocasiones. Sin embargo, en el recuerdo del yo lírico existía la incertidumbre de si la unión carnal con la muchacha había ocurrido ajena a cualquier escenario o, si en realidad, había sido el paraje rural quien había dejado impreso en el sino de su follaje aquel romántico flechazo entre las gamas rojizas de la Sierra del Segura.

*Quizás lo que para ti
es una liviandad,
para mí es más bien
una duda incómoda,
una duda que me siembra
de insomnio
las noches.
No consigo saber
si fuiste tú,
quien me enseñó
a querer este lugar,
o nuestra historia
ya nos esperaba aquí,
escrita
en los secretos
de nuestro refugio.*

Solamente un testimonio quedó grabado entre la blanda corteza de los chopos. De esta manera, la misteriosa ecocrítica errante se atrevió a tallar sobre el árbol para la entrañable pareja un mensaje camuflado como una lagartija entre la frondosa vegetación. En palabras de Juan Ramón Jiménez: “cada paisaje se compone de una multitud de elementos esenciales, sin contar con los detalles más insignificantes, que, a veces, son los más significativos”.

3. DÍA 83, TOBARRA (ALBACETE).

Después de vagar por Liétor tratando de descubrir las semillas de los versos entre las hojas de los árboles, hizo un alto en su marcha hacia Tobarra y pernoctó en el camino. En esta ocasión, la razón de su destino se debía a un diario, aunque no se trataba de unas anotaciones cualesquiera, sino de una narración escrita durante los largos días de confinamiento.

De hecho, a sus manos habían llegado a parar, exactamente el *Día 83*, unas memorias anónimas en el que quedaban inmortalizados con la caligrafía cuidada de una niña pequeña algunos

párrafos que ponía al servicio y juicio del lector medioambiental. No solamente disertaba sobre el mundo cotidiano que envolvía a una generación de mujeres en su familia, sino de la relación abuela-nieta que se circunscribía al paisaje rural.

En aquellas líneas, Tobarra olía a cáscara de almendras encima de las brasas. El rastro a saga-to de sus memorias, en el reflejo de su ventana, esbozaba una imagen perfectamente perfilada de su pueblo. Ahora bien, su mirada quedaba enjaulada tras el cristal, observando con unos ojos vidriosos el aleteo de una huidiza primavera que se desbandaba junto a los gorriones hacia el con-fín del verano.

Mi abuela parte almendras en el salón, echa las cáscaras a la lumbre, al otro lado de la ventana cantan vencejos y gorriones aunque esté nublado. Es un buen día, en realidad, no hace frío, sólo un cielo gris que habla de lluvia aunque no la lleve, y de primavera en las semillas

Siempre se ha dicho que *sin la mirada del ser humano, el paisaje no existiría*. No obstante, ¿cómo de verdad era realmente esa frase? Julio Llamazares expresaba algo así como que “el paisaje influía en nosotros y nosotros en el paisaje”. Por lo tanto, si esa simbiosis fuera más allá de un sencillo juego de palabras literarias, ¿dónde comenzaríamos nosotros o, mejor dicho, dónde comenzaría el paisaje?

En ese diario con tintes infantiles, la misma curiosidad heideggeriana abría el *Día 83*. Pero la pregunta iba más lejos de una sencilla duda inocente. Es más, el escritor Claudio Guillen exhibió el mismo tema en *El hombre invisible: naturaleza y paisaje*. En su trabajo, él comentó que “el paisaje no era algo objetivo, no era el telón de fondo de un escenario, sino que era un espejo donde te mirabas y te veías de diferente manera según tu estado de ánimo” (cit. en Varo Zafra: 2010, 247).

Plantó sus pies en el centro de la icónica plaza del pueblo, frente a un enorme tambor de hierro que marcaba el ritmo de las sílabas de la página del diario. Momentáneamente, la viajera se trasladó a esa primavera robada e imaginaba un remolino policromático asomar desde las esquinas de esas calles donde las horas continuaban impasibles.

Desde su habitación, la niña se convirtió en primavera para así poder salir fuera a jugar. Su

inocente silueta deseaba ser divisada sin prisas, porque los momentos importantes ocurrían paulatinamente. La pandemia había conseguido que el mundo entero se detuviera. Los seres humanos habían dejado de mirar con estrés el reloj y ya eran conscientes, de una vez por todas, de cuánta vida cabía en un batir de su manecilla. Sin obligaciones, comprendieron que un campo de amapolas florecientes germinaba como algo más valioso que el resto de las diarias preocupaciones vacuas.

¿Puede el cuerpo convertirse en paisaje? ¿Puede crecer en él?

Siento que mi cuerpo crece en este paisaje, en este viento golpeando ventanas y nubes deshechas en capas de cebolla. Campos de amapola y nadie los mira, alboroto de colores y sólo las ovejas dibujan el horizonte, todo es lento y rítmico, nada ha cambiado.

Gracias a las abuelas oriundas de esta planicie, en Castilla-La Mancha había resistido una férrea simbiosis folklórica entre el campo y la mujer. La figura femenina se había alzado desde décadas remotas en una cercana intérprete de canciones vinculadas al laboreo debido a su tradicional condición de jornalera. De entre esas melodías de labranza, las canciones de vendimia adquirirían un trato especial, pero también las jotas o las seguidillas. De esta manera, los cuerpos fatigados de las agricultoras danzaban y se difuminaban entre las llanuras rebosantes de parras, y la armonía de sus voces desgarradas resultaban ser el ungüento medicinal para sanar las cicatrices de sus manos cuarteadas y las heridas de sus labios resquebrajados a causa del áspero frío. Las mujeres manchegas, “garridas y bien plantadas”, como afirmaba el poeta Antonio Machado, deambularon mudas e ignoradas durante años en el imaginario colectivo. Eso sí, la música cultivó un reguero de madres y nietas orgullosas de aquellas beligerantes semillas que ya entonces sus bizarras abuelas habían enterrado entre los tapiales de las aldeas aisladas en medio de los alcores.

Antes de comer recogemos leña y la yaya sabe distinguir los distintos tipos de madera, me da envidia: ese tan oscuro es de olivo ¿no lo ves?, se nota; y luego canta algo de una pulga porque me han salido ronchas en las piernas. Cantar aquí es

sobrevivir, cantar es instintivo, tal y como hacen los pájaros. Cuando canta yo pienso en la memoria de los árboles, de las manos que los plantaron y los han cuidado todo este tiempo. Pienso en la memoria de los cuerpos, en los movimientos legados, gestos espontáneos, cicatrices en guiños de ojos o labios sellados. Alcanzan los recuerdos a los animales, temen al ratonero las bandadas de cuervos y palomas de la casa colorá. Ella en su canto niega el olvido, vive.

La sucesión de las estaciones volvía a colocar cada cosa en su lugar. Durante los meses en que la sociedad se había mantenido al margen de las fases de la naturaleza, los ritmos no se perturbaron. El florecimiento de las amapolas había trascendido su música, más resiliente que nunca. El romero, por su parte, considerado como la brillante alhaja manchega, había irrumpido estoica y ferozmente entre los secos matorrales. Mientras tanto, la nieta continuaba estudiando los hábitos culinarios de su abuela, habida cuenta que en Tobarra, la comida, al igual que el folklore, se asentó como el abono de aquel enjambre de mujeres rústicas.

Comemos potaje de calabaza y mientras ella descansa salgo a por agua del aljibe. Quizá mañana podamos abrirlo para que se llene. Si llueve correrá el agua por los campos, la yesca aguanta. Lloverá sobre las casas vacías, sobre las laderas que se dejan arrastrar, y durante unas horas los manantiales que un día llevaron agua recaerán en el fluir, se estamparán contra la tierra agrietada.

En el rostro vetusto de la peregrina errante aleteó una efímera sonrisa al abrir la página del diario en el que se aludía a dicha red de mujeres. Perennemente se habían hilvanado esos telares de sororidad de idéntica forma que la irrefrenable labor de un refajo bien cosido. Sin embargo, ahora se había zurcido un término: el ecofeminismo, la lucha unida entre el medioambiente y el feminismo.

Compañeras labriegas fulguraban como las brasas en la hoguera y su carácter resistente había sido imprescindible a la hora de conquistar las batallas más arduas. A pesar de la rudeza de la vid, preferían sentir sangrar sus manos entre las espinas de los huertos donde cantaban en libertad junto al resto de sus vecinas que lloraban en absoluto mutismo bajo las oscuras órdenes

de su marido. De tal manera, el sexo femenino lidiaba contra la dominación patriarcal tanto como la Tierra pugnaba contra el abuso del hombre blanco. Ambas se habían unido con el fin de admitir un brote de esperanzas después de un período de sequía.

No hay horas muertas. Estamos leyendo al calor del fuego cuando nos llaman las vecinas. Andamos con la Valenciana y la Consuelo, aunque vamos despacio, a la Valenciana le duelen las piernas porque va a cambiar el tiempo. Los olivos están cargados de tramilla y el polen se saborea al respirar, al llenar los pulmones se sienten los límites siempre lejanos y siempre posibles en un horizonte infinito que nos acoge. Cuando las miro veo que son paisaje, veo en ellas estos campos, con el sembrado creciendo y el cielo raso. Me siento inmensamente agradecida de poder volver a dedicarnos tiempo entre nosotras, ese tiempo que aquí no se gasta, no se muere, palpita.

Era solo cuestión de esperar, pero todavía subsistían almas magnánimas que deseaban luchar por salvar sus aldeas natales de un epitafio que, lamentablemente, se encontraba en repetidas ocasiones grabado en los oxidados carteles de las entradas de los pueblos: “aquí descansa una víctima más de nuestra España vaciada”. La despoblación devino en el peor escenario para los habitantes cada vez más marchitos durante la epidemia. Sin embargo, el paréntesis de la cuarentena había animado a algunas jóvenes generaciones a regresar a la cuna de sus antepasados con el objetivo de recuperar un estilo de vida más sostenible, auténtica y, en pocas palabras, más en armonía con la naturaleza. Fue Miguel Delibes quien pronunció: “el campo es una de las pocas oportunidades que aún restan para huir”. Al fin y al cabo, los humanos simbolizaban un eterno retorno, en el cual el invierno de las abuelas se metamorfoseaba en la primavera de las nietas. Y tras la cosecha, se iniciaba el calendario de la labranza.

Tras barrer con la mirada una última vez el paisaje, la peregrina retomó su marcha hacia el siguiente municipio, aunque en esta ocasión, tenía que desplazarse hacia la Sierra de Alcaraz. No obstante, antes de dejar caer el telón final sobre los tejados de Tobarra, se volvió ligeramente sobre sí misma para lanzar un guiño fugaz a la muchacha del diario.

4. UNA RAMA DE TOMILLO, CASAS DE LÁZARO (ALBACETE).

En la lejanía, Casas de Lázaro se asomaba como una cría tímida tras las faldas de su madre. La primavera allí encerraba fragancias a romero, tomillo y lavanda.

En las más elevadas cotas del cerro, se encontraba el descansadero, lugar marcado por la ruta del famoso hidalgo de La Mancha Alonso Quijano. Precisamente, el siguiente poema abordaba el tema de la cordura, o mejor dicho, la salud mental de la generación más longeva.

La memoria de los ancianos en tiempos de pandemia se había deteriorado, hasta el punto de manifestarse como la realidad social más damnificada. El alzhéimer, con sus tristes consecuencias, sufrió las severas secuelas colaterales del terrible virus. Por esa razón, las palabras, garabateadas por las manos de una joven, rendían homenaje a su abuelo: tierra baldía de recuerdos.

Julio Llamazares afirmaba en uno de sus libros que “el paisaje es memoria”, para más tarde añadir que “más allá de sus límites, el paisaje sostiene las huellas del pasado, reconstruye recuerdos, proyecta en la mirada las sombras de otro tiempo que sólo existe como reflejo de sí mismo en la memoria (...)”. Por ende, cabría plantearse hacia dónde caminaba un soñador cuando no existía el sendero. En este sentido, para no perderse en mitad de la senda, el viajante debería espizcar sus recuerdos a modo de migas de pan y arrojarlos allá donde pisara su memoria; si no, uno correría el riesgo de confundir la salida con la meta, andando enajenado en una eterna espiral.

En su deseo de iniciar el vuelo, los versos epistolares extendían sus alas en el borde de las primeras líneas. Sin embargo, el pájaro miraba asustado hacia la lejana vacuidad. El tiempo, palabra prohibida para la anónima autora, se convertía en la caricatura de una jaula.

No todas las cárceles están hechas de cuatro paredes. La peor de las prisiones es esa donde la cuarta dimensión ha dejado de existir.

No pasado. No presente. No futuro.

Un lugar donde no por abrir los ojos se ve, no por tocar se siente, no por oír se escucha. Un lugar incluso donde no por reír se entienda el porqué. O por llorar.

En esas líneas, la muchacha entablaba un diálogo sincero y espontáneo con su abuelo senil. Buscaba el modo de poder acceder en el laberinto eventual. Mientras que la esperanza se aferraba desesperadamente al filo de cada sílaba, ella escudriñaba los rincones de la travesía difuminada. Tropezando con fotografías fangosas, todavía conservaba el anhelo de chocar con el deambular desubicado de su abuelo, que tiritaba ante el umbral del invierno.

¿De qué manera se comunica un miembro de la familia con alguien con el que guarda parentesco y que acabó atrapado en un capítulo casual de su vida si no es viajando por medio del pretérito? El poema contenía la solución. Frente a nosotros, el campo. Impávido ante el rostro de su nieta, delante de la fotografía de cumpleaños en la mesita y ante el murmullo apacible de una extraña, la joven había elegido el recuerdo más poderoso que conservaba junto a él: los paseos por el monte buscando tomillo para los jarrones de la abuela. Si existía una remota posibilidad de conversar con él, únicamente sería a través de la época más amada por su abuelo: el pueblo.

Tú no comprenderás por qué una extraña te trae a tu celda una rama de tomillo seca que colocará en la palma de tu mano. Pero ella sabe que existe un atisbo de esperanza más allá de la cuarta dimensión.

El amor atemporal.

Lo único que puede colarse a través de esta jaula.

La naturaleza encarnaba el espejo del alma, así como la rama seca sobre la mano de su abuelo. La nieta desnudó sus pieles para enfundarse el atuendo inocente de su infancia. A pesar de todo, la respuesta misteriosa del anciano ante ese gesto ingenuo quedaba a merced del lector.

Tú siempre has amado el monte, el campo, el pueblo. Por eso quizá, solo quizá, a través de esta rama de tomillo seca puedas vislumbrar los colores borrosos de un rostro o el eco difuminado de unas risas de una niña de ocho años.

Y quizá así, solo quizá, podamos encontrarnos allá donde el tiempo no movió ningún segundo más.

La memoria latía en el paisaje rural del poema, donde la primavera del olvido se alzaba heroica entre sus líneas. El tiempo había combatido contra el virus, sin éxito alguno en las mentes

más vetustas. El paréntesis existencial durante el confinamiento domiciliario había dotado de entera libertad a la naturaleza, pero había robado salud al ser humano.

5. CONCLUSIÓN

A pesar de la gran cantidad de textos recibidos que trataban distintas zonas geográficas características de su país España, la viajera había optado inconscientemente por querer homenajear sus raíces nativas. De alguna manera deseaba levantar la voz para agasajar a sus paisanas casi siempre olvidadas por los gobiernos.

El título del artículo no estaba elegido accidentalmente, sino que representaba ese cosmos campestre paulatinamente más inhabitado a causa de la inmutable desatención política que forzaba a sus ciudadanos a emigrar a la ciudad. Sin embargo, en contra de la monótona verborrea estatal que se forzaba en aparentar un sufrimiento inexistente hacia el despoblamiento rural, los ciudadanos locales resistían con resiliencia en no echar el cerrojo final a sus aldeas.

A pesar de la desagradable etiqueta de “España vaciada” con la que los medios de comunicación se habían empeñado en colgar en algunos nombres de aldeas como si resultaran locales en venta o alquiler, todavía existían municipios que latían pusilánimes contra la tozuda oleada de abandonos. Por esa razón, *en un lugar de La Mancha, la primavera todavía cantaba*, la autora sentía la obligación de demostrar al resto del mundo que la sociedad no podía girar la espalda a sus raíces. De hecho, el protagonismo del paisaje durante la cuarentena había avisado sobre la necesidad de cuidar la belleza de esos parajes y la red de aldeanos de esos lares. En este caso habían sido Liétor, Tobarra y Casas de Lázaro, aunque el mismo mensaje se podía aplicar perfectamente a los demás pueblos de “Castilla-La Mancha”.

Finalmente, como comentó el irrepentible Fernando Fernán Gómez, sin más dilación, la peregrina errante murmuró un hasta luego, mientras continuaba con su marcha imparable por los hermosos rincones de La Mancha.

Hay quien dice que en La Mancha no hay mar, pero de noche se ve. Se sale un poco de cualquier pueblo y arriba están las estrellas y abajo la oscuridad del mar, y muy lejos, si se agudiza la vista, se divisa

la línea recta del horizonte. Se ve alguna lucecilla. Pueden ser una o dos barcas que han salido a la pesca. El ruido de las olas tiene que ponerlo uno con la imaginación, o llevarse una caracola y pegárselo a la oreja. En aquel mar se oyen solo los grillos. Puede que fuera así el canto de las sirenas.

Posdata: Muchas gracias a esos habitantes que, humildemente, enviaron sus textos con la aspiración de participar en este humilde artículo ecocrítico sobre la transformación del paisaje rural a raíz de los episodios de epidemia. Sencillamente, sus tres reflexiones literarias son las auténticas protagonistas de esta sección en la revista. Un abrazo de vuestra viajera que tanto os admira.

6. BIBLIOGRAFÍA

- FERNAN GÓMEZ, F. (1985). *El viaje a ninguna parte*. Madrid: Círculo de lectories.
- LLAMAZARES, J. (2020). *Primavera extremeña*. Madrid: Editorial Alfabeta.
- SOLÀ, I. (2019). *Canto yo y la montaña baila*. Madrid: Editorial Anagrama.
- VARO ZAFRA, J. (2010). “El espacio en Luna de lobos y Lluvia amarilla: el gótico hispano en la novela de Julio Llamazares”. *Geografías tabuladas*. Castilla y León: Vervuert, 245-262. <https://doi.org/10.31819/9783964566331-014>

7. AUTORES

Los textos inéditos, publicados por primera vez para *Pangeas*, han sido escritos por habitantes de Castilla –La Mancha. Desde la revista queremos agradecer su participación voluntaria enviando sus textos escritos durante los meses de confinamiento. En el artículo, el protagonismo se centra en las zonas rurales más que en los autores, porque el paisaje es el personaje que habla en estas líneas. Sin embargo, la siguiente lista muestra sus apellidos reales junto con el título del texto inédito.

- DÍAZ MACÍA, L. (2020). *Una rama de tomillo*.
- ESTEVE ALCARAZ, A. (2020). *Día 83*.
- LESCANO MATHEY, R. (2020). *Nuestro refugio*.